

EL COMIENZO DE LA PAZ

La historia de una familia cristiana, los **TAMRAS**, que durante un año estuvieron retenidos por el Daesh. La noche del asalto, el encarcelamiento y la fe de tres chicos, junto a su padre y al abuelo. Mientras la madre negociaba con el jefe de los milicianos. «Para buscar aquel rescoldo de humanidad que tenía que permanecer aún encendido bajo las cenizas»

ANNA LEONARDI

La familia Tamras. Desde la izquierda: el abuelo Michael, el hijo mayor Tommy, la madre Caroline, el padre Martin, Josephine y Charbel.

Tommy Tamras se convirtió en el hombre que es hoy en la noche del 23 de febrero de 2015, cuando el Isis hizo irrupción en su aldea. Tenía veinte años. Recuerda todo de aquella fecha con precisión milimétrica: las horas, los movimientos, los pensamientos. Lo primero fueron los combates entre kurdos y milicianos del Daesh por la noche, poco antes de que las luces del alba inundasen el valle del Khabur, en el norte de Siria, y sus treinta y cinco aldeas, habitadas mayoritariamente por cristianos caldeos y sirios.

Lo segundo que recuerda son los disparos de kalashnikov cada vez más cerca de su casa. En ese momento agarró el móvil para llamar a su padre. «Mis padres estaban en la ciudad de Al Hasakah por trabajo. Yo estaba en casa con mi hermana Josephine, que tiene 23 años, mi hermano Charbel, de 14, y mi abuelo Michael, de 90», cuenta Tommy, que en aquellos días de febrero había vuelto a la aldea durante una pausa de las clases en la universidad de Al Hasakah. «Mi padre me dijo por teléfono que escapáramos todos juntos. Traté de salir y me di cuenta de que habían disparado ya a todos los generadores de electricidad».

En la penumbra su vecino corría agarrando de la mano a su hija. Con un hilo de voz le dijo: «Han llegado. Están haciendo salir a todos para llevarnos». Tommy se precipitó en la casa y encontró solo al abuelo. No le dio tiempo a salir de casa, pues ya tenía una pistola apuntándole a la cabeza. El hombre llevaba la cara descubierta: «Venid conmigo u os mato aquí mismo». Pocos metros y alcanzaron a los otros vecinos, unos noventa, hacinados en una casa en el

centro de la aldea. Estaban también los hermanos de Tommy, Josephine estaba con las demás mujeres: las separaban de los hombres, junto a los niños más pequeños. Al cabo de unas horas, los trasladaron a todos al norte, a la zona bajo control del Estado islámico. Les esperaban otras doscientas personas, secuestradas esa misma noche.

Pero el shock más grande para los hermanos Tamras llegó a media mañana. «Eran las diez cuando Charbel y yo vimos llegar el coche de nuestro padre», cuenta Tommy. «Bajó y se entregó. Les dijo a los milicianos: «Habéis detenido a mis hijos y a mi padre. Detenedme a mí también»». Martin en ese momento tenía 48 años. Siempre había desempeñado el oficio de leñador. Después, con la crisis que asoló el país, se puso a trabajar en una organización para los desplazados. Aquella noche tuvo que tomar una decisión terrible: «Entendí que la situación era gravísima. Mi mujer Caroline y yo queríamos irnos en seguida. Traté de calmarla. Después, con la muerte en el corazón, salí sin que ella me viera». Le dejó unas pocas palabras en un trozo de papel: «Perdóname. He ido con ellos».

«La oración se convirtió en el centro de nuestros días. Nos dimos cuenta de que nos mantenía vivos, humanos»

«Cuando vi a papá, sentí una gran fuerza», cuenta Charbel. «Entendí que tenía que mirarle a él». Como cuando, pocas horas después del secuestro, el jefe anunció que mataría a todos los que no se convirtieran. «Mi padre alentó a todos: «Es una mentira. No le creáis. Mejor creed que Dios nos ayudará»». Así fue.

ROSARIO CON HUESOS DE ACEITUNAS. Su prisión duró doce meses. Muchas veces temieron que el fin estuviera >>>